

LA CONCEPCION.

LA VIRGEN ENTRE NUBES ACOMPAÑADA DE ANGELES.

LA CONCEPCION.

MURILLO.

(Alto: 2,05 — ancho: 1,44)

¡Gran prodigio, que debió llenar de asombro á los coros de los ángeles, quizá mas instruidos en los inescrutables designios de Dios que los miseros y ciegos mortales, fué la animacion sin mancha original de aquella criatura destinada desde la eternidad á deificar nuestra naturaleza y á llevar en su casto seno al que llena la tierra, los cielos y la vasta estension de los mares! Pero no fué pequeño portento el que obró Dios tambien infundiendo al místico Murillo una inteligencia tan profunda de este misterio, que no solo concibiese con la mente la hermosura celestial de la Inmaculada, sino que fuese capaz de representarla con el pincel. Siempre fué reputada esta empresa superior á los alcances del hombre, pues como cantó el poeta Ubeda en su cancionero *Vergel de flores divinas*, dirigiéndose á la *limpísima concepcion de Nuestra Señora*,

«...No hay quien os alabe en esta vida
sino es de no poder ser alabada;
porque imagen de punto tan subida,
con tan alto primor de Dios pintada,
no hay quien por retratarla no la borre,
si algun favor divino no le corre.»

Que Murillo gozó de la asistencia divina para pintar á la Inmaculada Reina de los cielos, se hace evidente con solo considerar la inmensa superioridad de sus *Concepciones* sobre todas las que produjeron los mas afamados maestros desde que en la representacion de aquel divino misterio se ejercitan la pluma y el cincel.

Y de todas las *Concepciones* de Murillo, esta que aquí acompaña es sin disputa la mas acabada y perfecta, porque es la que reune en concreto mas número de calidades físicas y morales de las que constituyen la belleza corporal y la hermosura del alma; en ella se ostentan reunidas como en un ramillete en que sobresalen la fresca y galana rosa, el puro y blanco lirio, la modesta violeta y el fragante nardo, la donosura, la castidad inocente, la humildad gozosa y tranquila, la santidad mas sublime, justificando la tierna y fervorosa exclamacion de San Buenaventura: «*Excedes en la hermosura de la carne á todas las mugeres, y en la excelencia de santidad sobrepujas á los ángeles y arcángeles.*»

La belleza que el inspirado Murillo dió á esta que casi llamaremos *milagrosa* figura, no tiene igual en el mundo ni por el santo perfume de inocencia que de sus lineamientos se desprende, ni por la celestial y luminosa castidad de su expresion. Es la belleza mas deslumbradora y pura que puede soñar como tipo ideal de la virginidad el artista cristiano. No tiene punto de contacto con la Juno de Samos, ni con la Helena de Esparta, ni con la Venus de Gnido: el escultor griego ni entrevió siquiera semejante belleza, y la Venus de Milo y la Polymnia del Museo de Berlin son criaturas de puro barro, al paso que la Concepcion de Murillo parece representar al alma la forma misma que Dios desde la eternidad habia concebido en su divina mente como la única adecuada para la que habia de ser sublimada sobre todas las criaturas, bendita entre todas las mugeres y madre del Verbo. Hay una diferencia radical entre todas las bellezas creadas por el genio estético del paganismo, y aun entre las que sugirió al genio en la época denominada del Renacimiento la contemplacion de los mármoles antiguos, y la belleza que en sus piadosas meditaciones entrevió nuestro pintor sevillano; y es, que en la belleza femenil, obra del artista clásico ó del artista cristiano del siglo XVI, que podríamos llamar neo-pagano, se descubre involuntariamente á modo de sutil veladura el

Ce fut un grand prodige, étonnant pour les chœurs des anges, peut-être plus instruits dans la connaissance des inexcrtables desseins de Dieu que les tristes et aveugles mortels, que l'animation exempte de tache originelle de cette créature destinée dans l'éternité à déifier notre nature et à porter dans ses chastes entrailles celui qui emplit la terre, les cieus et la vaste étendue des mers! Mais ce ne fut certes pas une œuvre ordinaire que celle que Dieu opéra de même alors qu'il voulut bien verser dans l'âme du mystique Murillo une si profonde intelligence de ce mystère, au point que non seulement il conçût avec son esprit la beauté céleste de l'Immaculée, mais qu'il fût encore capable de rendre cette beauté au moyen du pinceau. Cette tâche a toujours été considérée au-dessus des facultés de l'homme: ainsi que le dit le poète Ubeda dans son recueil intitulé *Verges de fleurs divines* en s'adressant à la *très-pure conception de Notre-Dame*:

«On ne saurait vous louer dans cette vie que de ne pouvoir pas être louée; »car une image aussi admirable, peinte par Dieu lui-même d'une si merveilleuse »façon, ne saurait être reproduite par la main d'un homme à moins qu'elle ne soit »aidée de la faveur divine.»

Il devient évident que Murillo fut aidé de la faveur divine pour peindre la Reine Immaculée des Cieus, rien qu'à considérer la supériorité immense de ses *Conceptions* sur toutes celles qu'ont enfantées les maitres les plus célèbres depuis que la plume et le ciseau s'exercent à reproduire ce saint mystère.

Et parmi toutes les *Conceptions* de Murillo, celle que nous donnons aujourd'hui est sans contredit la plus belle et la plus parfaite, car c'est celle qui réunit d'une manière concrète un plus grand nombre des qualités phisiques et morales constituant la beauté corporelle et la beauté de l'âme: de même que dans un bouquet dans lequel on verrait s'étaler la fraîche et charmante rose, le lys pur et blanc, la modeste violette et le nard odorant, on y voit briller réunies la grace, la chasteté innocente, l'humilité joyeuse et calme, la sainteté la plus sublime, justifiant la tendre et fervente exclamacion de Saint-Bonaventure: «*Pour la beauté de la chair »tu surpasses toutes les femmes et pour l'excellence de la sainteté tu surpasses »les anges et les archanges.*»

La beauté que prêta l'inspiré Murillo á cette image que nous oserions presque appeler *miraculeuse* n'a point d'égal au monde, soit pour le saint parfum d'inocence dont ses lignes sont empreintes, soit pour la céleste et lumineuse chasteté de son expression. C'est la beauté la plus éblouissante et la plus pure que puisse rêver comme type idéal de la virginité un artiste chrétien. Elle n'a aucun point de contact avec la Junon de Samos, ni avec la Hélène de Sparte, ni avec la Vénus de Gnide: le sculpteur grec n'entrevit même pas une telle beauté, et la Vénus de Milo et la Polymnie du Musée de Berlin ne sont que des créatures d'argile, tandis que la Concepcion de Murillo semble représenter à l'ame la forme même que de toute éternité Dieu avait conçue dans son esprit divin comme la seule accommodée à celle qui devait être mise au-dessus de toutes les créatures, bénie parmi toutes les femmes et mère du Verbe. Il existe une différence radicale entre toutes les beautés créés par le génie esthétique du paganisme, et même parmi celles que suggéra au génie, à l'époque dite de la Renaissance, la contemplation des marbres antiques, et la beauté qu'entrevit notre peintre de Séville dans ses pieuses méditations: cela tient à ce que dans la beauté féminine, œuvre de l'artiste classique ou de l'artiste chrétien du XVI^{me} siècle, que nous pourrions nommer neo-payen, on découvre involontairement, comme un léger glaciis, l'ambient sensualiste que

ambiente sensualista que respiraba el arte, y en la que ideó Murillo todo es santidad y pureza. Pero conviene que nos espliquemos mejor.

Al contemplar una Diana ó una Niobe animada por el inspirado cincel griego ¿no te asalta desde luego el pensamiento de que aquella púdica y magestuosa belleza es belleza puramente humana, terrenal; virtuosa, sí, y santa por el odio á la culpa, pero nó porque desconozca el poder y halago de ella? ¿Y no te sucede otro tanto con las bellas imágenes de los artistas del *Renacimiento*? Pues bien: las Concepciones de Murillo te inspiran una idea enteramente contraria: ves á la tierna y pura doncellita de Nazaret, fresca y sencilla como la margarita del campo que ignora la existencia de la rosa y de la espina, disfrutando arrobada el goce santo é íntimo de una beatitud que debe á la sola bondad de Dios, sin esfuerzo alguno de su parte, en la completa y feliz estrañez de toda mancha, de toda culpa, de todo estímulo sexual, sin la noción original siquiera de la antigua enemistad entre el género humano y su Hacedor. Ignoro, en verdad, si habré logrado hacer perceptible mi pensamiento, porque hallo tan difícil el no dejar evaporar la imaginación al espesar con palabras lo que se siente entre vagas y confusas impresiones de respeto, de amor y de enternecimiento, al contemplar esta imagen incomparable, como el retener la volátil esencia de la violeta al querer detenidamente analizar la sensación que produce al olfato su perfume. De mí se decir, que cuando en el Real Museo de Madrid me pongo á admirar este peregrino tipo de santidad, candor y hermosura, el recuerdo de los mas afamados modelos de belleza clásica me ofende y me contrista como la aparición del feo murciélago entre las inocentes golondrinas, que, á la caída de la tarde, entretienen con sus giros la mirada del que medita, fijos los ojos en el azul del cielo: y que para que no se me desvanezca la deliciosa huella de aquella imagen tan celestial y etérea, necesito cerrar los ojos á todas las otras figuras, mas ó menos ideales, de aquella vasta galería. Tengo, en suma, por tan prodigiosa y sobrenatural esta obra, que creo en mi disculpable entusiasmo, que si por desventura nuestra llegara un aciago día en que la imponderable riqueza del Real Museo de Madrid fuera presa de un enemigo bárbaro ó pasto de voraces llamas, la Concepción de Murillo del *Salon de la Reina Isabel* saldría ileso y triunfante de la furia devastadora del hierro y del fuego, como diz que triunfó *Nuestra Señora de la Antigua* en la basílica hispalense, perseverando en ella á despecho del odio iconoclasta de los musulmanes cuando profanaron el venerando templo y lo convirtieron en mezquita. El cuadro que nos ocupa viene á ser como un compendio figurado de todas las alabanzas dirigidas á la Virgen por las mas elevadas inteligencias del mundo antiguo y de la iglesia de Jesucristo. Leemos en el precioso rostro de la santa jovencita las palabras que dirigia Asuero á Ester: «la ley que á todos comprende no se ha hecho para »ti.»—Oímos á San Cipriano que esclama: «hay enorme diferencia entre la »generalidad de los mortales y la Virgen: esta solo tiene de comun con ellos la »naturaleza, de ningun modo la culpa.» Llega á nuestros oídos la piadosa voz del sacerdote Crisipo, que despues de llamar á María *inmaculada*, la asemeja «á la rosa plantada en un terreno erizado de espinas.» Percibimos el acento del humilde y sabio abad de Celles que la dice: «Toda eres hermosa, oh Ma- »ria; eres toda hermosa en tu concepcion, puesto que has sido creada para »ser el templo de Dios. La mancha del pecado, mortal, venial ú original, ja- »más ha inficionado tu alma.» Y renuévanse á su aspecto los altos y elocuentes testimonios de los Santos Padres de todos los siglos en honor y defensa de la *Inmaculada*, y en el coro de sus venturosos panegiristas, Andres, Hipólito, Gregorio Neocesariense, Dionisio Alejandrino, Basilio, Epifanio, Ambrosio, Gerónimo, Crisóstomo, Agustín, Juan Crisólogo, Fulgencio, Ildefonso y Juan Damasceno, divisamos á los insignes propagadores de su culto, el visigodo Ervigio, los príncipes y barones de Normandía, los reyes de Aragon, los fervorosos monges de la órden de San Francisco, los doctores de la Sorbona, las universidades de Maguncia, Colonia, Valencia, Alcalá, Coimbra, Salamanca, y Nápoles, el concilio de Basilea, el Tridentino, el águila de Meaux y la celosa y batalladora iglesia de España con los eminentes predicadores y artistas criados y aleccionados en sus escuelas ¹. Tan pronto se escucha la melodiosa voz de Beatriz:

«Quivi è la rosa, in che 'l Verbo divino
carne si fece, quivi son li gigli
al cui odor si prese 'l buon cammino ²»

¹ Debemos recordar aquí una coincidencia singular que dejamos apuntada en nuestra biografía de Murillo. Vino este al mundo recién proclamada en España la Inmaculada Concepción como patrona de los dominios de Felipe IV, y á la ciudad de Sevilla, que tanto se señaló en la piadosa empresa de obtener esta declaración, cupo la gloria de que fuese uno de sus hijos el que mas se distinguiese en el arte de representar aquel misterio.

² Dante.—Paradiso.—Canto XXIII.

l'artiste respirait, et que dans celle que Murillo idéa tout est sainteté et pureté. Mais il convient de nous mieux encore expliquer à ce sujet.

Lorqu'on contemple une Diane ou une Niobé, animée par le ciseau grec inspiré, n'êtes-vous pas tout-à-coup assailli de l'idée que cette pudique et magestueuse beauté n'est qu'une beauté purement humaine, appartenante à la terre, vertueuse et sainte par haine du péché, mais nullement parce qu'elle en ignore la puissance et l'attrait? N'est-ce pas qu'il en est de même pour les belles images de la *Renaissance*? Eh bien! les Conceptions de Murillo vous inspirent une idée entièrement opposée: vous voyez la tendre et pure jeune fille de Nazareth, fraîche et simple comme la marguerite des champs qui ignore l'existence de la rose et de l'épine, savourant en extase le saint et intime plaisir d'une béatitude qu'elle doit à la seule bonté de Dieu, sans le moindre effort de sa part, dans la complète et heureuse ignorance de toute tache, de tout péché, de tout aiguillon sensuel, n'ayant même pas la notion originelle de la vieille inimitié entre le genre humain et son Créateur. Je ne sais pas en vérité si j'ai réussi à rendre ma pensée perceptible, car je trouve tellement difficile de ne pas laisser évaporer son imagination lorsqu'on exprime par des paroles ce qu'on éprouve parmi des vagues et confuses impressions de respect, de amour et d'attendrissement en contemplant cette image incomparable, comme de retenir l'essence fugitive de la violette en voulant analyser à son aise la sensation que son parfum produit sur l'odorat. Pour ma part je puis assurer que lorsque je me mets à admirer dans le Musée Royal de Madrid ce type merveilleux de sainteté, de candeur et de beauté, le souvenir des plus célèbres modèles de la beauté classique m'offense et m'attriste comme l'apparition de l'hideuse chauve-souris parmi les innocentes hirondelles qui, à la chute du soir, amusent par leurs ébats le regard de celui qui médite, les yeux fixés sur l'azur du ciel. Je puis dire encore qu'à fin de ne pas laisser s'évanouir dans mon esprit la trace délicieuse de cette image si céleste et si éthérée, je suis forcé de fermer les yeux sur toutes les autres figures plus ou moins idéales de cette vaste galerie. En somme, je tiens cette œuvre pour tellement prodigieuse et surnaturelle, que je crois dans mon enthousiasme digne d'excuse que si, pour notre malheur, il arrivait un jour néfaste que toute l'incomparable richesse du Musée Royal de Madrid devint la proie d'un ennemi barbare ou celle des flammes dévorantes, la Conception de Murillo du *Salon de la Reine Isabelle* s'en tirerait intacte et triompherait de la furie dévastatrice du fer et du feu, de même que triompha, dit-on, Notre-Dame de l'*Antigua* dans la basilique de Séville, en y persévérant en dépit de la haine iconoclaste des musulmans lorsqu'ils profanèrent ce temple vénérable et le changèrent en mosquée. Le tableau qui nous occupe est comme un sommaire figuré de toutes les louanges adressées à la Vierge par les intelligences les plus élevées du monde ancien et de l'Église de Jésus-Christ. Sur le charmant visage de la toute-jeune sainte nous lisons les paroles qu'Assuerus adressait à Esther: «La loi qui nous comprend tous n'a point été faite pour »toi.» Nous entendons Saint-Cyprien s'écrier: «Il y a une énorme différence entre »la généralité des mortels et la Vierge: celle-ci n'a de commun avec eux que la »nature, mais nullement le péché.» Nos oreilles sont frappées de la voix pieuse du prêtre Crisippe, lorsqu'après avoir appelé Marie *inmaculée*, il la compare «à la »rose plantée sur une terre hérissée d'épines.» Nous écoutons l'accent de l'humble et savant abbé de Celles qui lui dit: «Tu es toute belle, oh Marie; tu es toute belle »dans ta conception, puisque tu as été créé pour devenir le temple de Dieu. La »tache du péché, mortel, véniel ou originel n'a jamais sali ton ame.» Et à son aspect se renouvellent les hauts et éloquents témoignages des Saints Pères de tous les siècles en l'honneur et la défense de l'*Inmaculée*, et dans le cœur de ses heureux panégyristes Hippolyte, Grégoire de Néocésarée, Denys Alexandrin, Basile, Epiphane, Ambroise, Jérôme, Chrysostome, Augustin, Jean Chrysologue, Fulgence, Ildephonse et Jean Damascène, nous distinguons les illustres propagateurs de son culte, le visigoth Ervige, les princes et barons de Normandie, les rois d'Aragon, les moines fervents de l'ordre de Saint-François, les docteurs de la Sorbonne, les universités de Mayence, de Cologne, de Valence, d'Alcalá, de Coimbra, de Salamanca et de Naples, les conciles de Bâle et de Trente, l'aigle de Meaux et la jalouse et guerroyante église d'Espagne avec les prédicateurs et les artistes éminents élevés et doctrinés dans ses écoles ¹. Tantôt on entend la voix mélodieuse de Béatrice:

«Quivi è la rosa, in che 'l Verbo divino
carne si fece, quivi son li gigli
al cui odor si prese 'l buon cammino ²»

¹ Nous devons rappeler ici une singulière coïncidence dont il a déjà été question en passant dans notre biographie de Murillo. Celui-ci vint au monde lorsque l'Inmaculée Conception venait d'être proclamée en Espagne comme patronne des domaines de Philippe IV; et ce fut à Séville, l'une des villes qui se signalèrent le plus dans la pieuse entreprise d'obtenir cette déclaration, qu'échut la gloire de produire l'artiste qui a le mieux représenté ce mystère.

² Dante.—Paradiso.—Canto XXIII.

REAL MUSEO DE MADRID.



MURILLO pintó.

Litog^o de J. J. MARTINEZ, editor, Desengaño 10, Madrid.

A. LEMOINE litog^o.

LA PURISIMA CONCEPCION.

Cap G - 002-005 (2)

como resuena el grandioso coro de la iglesia militante repitiendo el hermoso himno de San Casimiro:

«Generosa et formosa
David regis filia,
Quam elegit Rex qui regit
et creavit omnia.
Gemma decens, rosa recens,
castitatis liliū,
Castum chorū ad polorū
quæ perducis gaudium.»

La disposición general elegida por el artista para la representación del divino misterio, es lo único que puede reproducir una estampa. Como verá el lector, huyó Murillo de la austera sequedad del arte de la edad media y del neo-paganismo del siglo XVI¹; interpretó con racional libertad el sagrado texto de donde se ha tomado la imagen de la Concepción de María: *apareció en el cielo una grande señal: una muger vestida del sol y la luna á sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas*², y con aquel pincel suyo tan armonioso y vigoroso, tan lleno de luz y de calor, tan pastoso, tan fluido y tan abundante, tan franco y tan seguro, después de trazar la encantadora figura de María, con el rubio cabello suelto y tendido á la espalda y las purísimas manos juntas, la vistió con una blanca túnica y un manto de azul etéreo, y la rodeó de celestiales resplandores, vagarosas nubes, y ángeles y serafines ostentando sus atributos, la rosa, el lirio, la palma y la oliva.

El pintor de la Concepción dejó en este lienzo una obra inimitable. El halago que ella produce lleva á muchos artistas seducidos á copiarla, y su gracia singular hace al propio tiempo que á todos se les frustre su propósito. Ha sido grabada y litografiada repetidas veces, pero nunca con éxito completo á nuestro juicio.

Lleva en el Real Museo el núm. 229 y figura en la *Colección litográfica de cuadros, etc.*

¹ Como ejemplos de estos dos estilos tan opuestos podemos citar dos bajo-relieves de la Asunción de Nuestra Señora, uno de principios del siglo XIV y otro del siglo XVI. El primero, que forma parte de la serie que decora esteriormente el costado del norte de Nuestra Señora de Paris, respira la decencia mas esquisita: la Virgen está toda vestida, descubriendo solo la cabeza y las manos: su actitud es devota y recogida; los ángeles que la remontan al cielo, todos igualmente cubiertos, no atreviéndose á tocarla, la levantan en una especie de cerco de nubes. La forma simétrica de estas, el enlace regular y geométrico de los brazos de los ángeles, dan en verdad á la obra una sequedad vituperable.

Però el bajo-relieve del siglo XVI que existe en el colateral del norte de la iglesia abacial de Saint Denis, peca en otro extremo todavía mas digno de censura. Nuestra Señora está allí representada toda desnuda, como una Venus ó una Galatea. De seguro no tenia noticia el buen autor de *El Pintor cristiano y erudito* de que hubiese llegado á este punto la osadía de los artistas del Renacimiento.

² Apocal. XII.—1.

tantôt le chœur grandiose de l'église militante retentit de l'hymne magnifique de Saint Casimir:

«Generosa et formosa
David regis filia,
Quam elegit Rex qui regit
et creavit omnia.
Gemma decens, rosa recens,
castitatis liliū,
Castum chorū ad polorū
quæ perducis gaudium.»

La disposition générale choisie par l'artiste pour la représentation du divin mystère est la seule chose qu'une estampe puisse reproduire. Comme verra le lecteur, Murillo a fui et la sécheresse austère de l'art au moyen âge et le néo-paganisme du XVI^{me} siècle¹; il a interprété avec une raisonnable liberté le texte sacré d'où l'on a tiré l'image de la Conception de Marie: *Un grand signe est apparu dans le ciel: une femme vêtue du soleil et ayant la lune à ses pieds et sur sa tête une couronne de douze étoiles*²; et avec ce pinceau à lui, si harmonieux et si ferme, si plein de lumière et de chaleur, si pâteux, si fluide et si abondant, si franc et si sûr, après avoir tracé la ravissante figure de Marie avec ses blonds cheveux détachés et flottants sur ses épaules et ses divines mains croisées, il l'habilla d'une tunique blanche et d'un manteau d'azur, et l'entoura de resplendeurs célestes, de vagues nuages, d'anges et de séraphins. Ses attributs y son représentés par la rose, le lys, la palme et l'olivier.

Le peintre de la Conception nous a laissé dans ce tableau une œuvre inimitable. Le charme qu'il inspire a entraîné un grand nombre d'artistes à le copier et sa grace particulière est cause en même temps que pas un n'y ait réussi. Il a été gravé et lithographié plusieurs fois, mais jamais avec un entier succès, à notre avis.

Il porte au Musée Royal le num. 229 et figure dans la *Collection lithographique des tableaux, etc.*

¹ Comme échantillon de ces deux styles si opposés nous pouvons citer deux bas-reliefs de l'Assomption de Notre-Dame, l'un du commencement du XIV^{me} siècle et l'autre du XVI^{me}.—Le premier, faisant partie de la série qui décore extérieurement le côté nord de Notre-Dame de Paris, respire la décence la plus exquise: la Vierge y apparaît toute habillée, découvrant seulement la tête et les mains; son attitude est pieuse et recueillie; les anges qui la portent au ciel, tous couverts de même, n'osant pas la toucher, la soulèvent sur une espèce de cercle de nuages. La forme symétrique de ces nuages, l'enlacement régulier et géométrique des bras des anges donnent en vérité à l'œuvre une sécheresse blâmable.

Mais le bas-relief du XVI^{me} siècle qui existe au collatéral du nord de l'église abbatiale de Saint Denis, pèche par un défaut autrement digne de blâme. Notre-Dame y est représentée toute nue, comme une Venus ou une Galathée. Certes l'honnête auteur de *Peintre chrétien et érudit* ne se doutait pas que l'hardiesse des artistes de la Renaissance fût parvenue à ce point-là.

² Apocal. XII.—1.

